

Millones de Lulas ¿A quién condenaron?

Por: [Pablo Gentili](#)

Globalización, 22 de julio 2017

[Cubadebate](#) 18 July, 2017

Región: [América Latina, Caribe](#)

Tema: [Justicia](#), [Política](#), [Sociedad](#)

Los dueños del poder no perdonan. Especialmente, cuando pierden. Los dueños del poder saben el riesgo que corren. Y no se andan con vueltas. Embisten con todas sus fuerzas, no desperdician la oportunidad, se organizan y despliegan todas sus estrategias de guerra y manipulación. Nunca se defienden, siempre atacan. Los dueños del poder no descansan, aunque a veces parecen desorientados, sin rumbo, a la deriva. Aunque a veces se mantienen en silencio y aparentemente inofensivos, derrotados. Cuando esto ocurre, los que combaten a los dueños del poder corren un serio peligro. Porque los dueños del poder no descansan ni se rinden tan fácilmente. Algunas veces, inclusive, cuando no aciertan sus municiones contra los defensores de la democracia y de la igualdad, los dueños del poder simplemente están practicando cómo errarles. Como tienen buen pulso, practican su falta de puntería, haciéndonos creer que no nos aciertan porque somos más listos o más rápidos que ellos.

La metamorfosis es el estado natural de los dueños del poder: se trasmutan, cambian, se adaptan, rejuvenecen, renacen. Y lo hacen porque saben que de eso depende la dominación y la explotación humana: de parecer natural, de volverse una parte constitutiva del funcionamiento del mundo y de las cosas. El secreto de los dueños del poder está en convencernos de que no son ellos los verdaderos dueños del poder, sino los que sufren sus consecuencias, los que soportan con su sufrimiento y con su dolor la arbitrariedad, la prepotencia y la supuesta superioridad intelectual y moral de los que tienen el dinero suficiente como para comprar nuestros derechos y nuestra dignidad, transformándonos en una montaña de escombros.

Los dueños del poder no perdonan cuando pierden. Por eso, cuando les arrebatamos aunque sea un pedacito de su poder, debemos andar con cuidado. Porque es en ese momento que los dueños del poder se dan cuenta que podemos ser más peligrosos de lo que parecemos. Y se prepararán para destrozarnos. Los dueños del poder no aceptan perder. Especialmente, su privilegio de ponerle nombre a las cosas, de explicar cómo funciona el mundo y de trazarle límites a nuestros sueños. Tampoco el derecho que se han atribuido de construirle muros a nuestras esperanzas, de imponer el miedo a nuestro futuro. Los dueños del poder saben que la historia la escriben los cazadores y no los leones. Por eso, se estremecen cuando un león se les escapa de la jaula. Se mean y se cagan de miedo. Y así como están, así como son, seres humanos que parecen cloacas, llenos de mierda en sus cuerpos y en sus almas, salen de cacería. Los dueños del poder saben que lo más peligroso que existe es que alguno de los que nacieron para servir, para obedecer y simplemente para vivir de lo que sobra, decida hacer, construir o escribir la historia a su manera. Cuando esto ocurre, los dueños del poder no perdonan.

En Brasil, durante 500 años, los dueños del poder reinaron gloriosos. Lo hicieron casi siempre amparados en brutales e interminables dictaduras o en breves, frágiles e inestables democracias. Nunca imaginaron los dueños del poder que, en Brasil, podría llegar a la presidencia de la república un nordestino bajito y fortachón, apenas alfabetizado. Un obrero metalúrgico de la periferia de San Pablo. Un ignorante. Un retirante. Uno que salió de su lugar. Uno que no existía y que estaba predestinado a no existir.

Lula nació en una familia campesina infinitamente pobre, en una de las regiones más abandonadas y silenciadas de Brasil. Hijo de una madre que llena de sabiduría y amor, crio y cuidó solita una montaña de hijos, en una tierra seca y egoísta, indiferente y envejecida. Un páramo de dolor y sufrimiento, un desierto donde reina la soledad de seres humanos que no desperdician agua ni siquiera para llorar. Lula nació allí. Y allí creció, haciendo lo que hacían las familias cada maldito domingo: enterrar a los que habían muerto durante la semana, casi siempre niños y niñas o los más viejos, que en ese desierto de miseria y de opresión solían ser los que conseguían pasar los 50 años de algo parecido a la vida. Allí aprendió lo que nunca olvidó: que jamás se dejaría derrotar por el hambre, por la incomprensión y el dolor. Ni por la prepotencia de los dueños del poder.

Un día, sin ningún anuncio o ceremonia, su madre agrupó a los hijos, los peinó y vistió con ropa limpia, miró durante algunos segundos la pequeña casa que los había cobijado durante tanto tiempo y montó lo poco que tenían en un carro tirado por un burro viejo y sediento. Partió para siempre, sin despedirse de ese infierno. Recorrió kilómetros y kilómetros, en una peregrinación de incertidumbre y esperanza, abrazada a esa montaña de hijos. Los pobres, como casi todos los seres humanos, tienen dos brazos. Y sólo con dos brazos consiguen al mismo tiempo abrazar una docena de hijos. Y acariciarlos. Y besarlos. Y cuidarlos, dándoles protección, transmitiéndoles seguridad y consuelo. Los dueños del poder les temen a los leones. Pero mucho más a las leonas. Porque saben que es en el silencio misterioso de esas caricias que puede engendrarse el más peligroso fermento de la emancipación, el más incontrolable impulso de la revolución.

Lo que sigue de esta historia es más o menos conocido.

Lula continuó creciendo y se salvó, a diferencia de tantos otros, de morir de hambre, o de fiebre amarilla, o de cólera, o de difteria, o de una simple diarrea. Lula siguió creciendo y entendiendo el significado de ese interminable viaje del infierno al infierno, del desierto a la favela, de la opresión a la lucha.

El día que asumió la presidencia de Brasil, recordó a su madre, como todos los días, y dijo lo que algunos entenderían como una muy simple y casi banal aspiración, aunque era una verdadera promesa de transformación: en el Brasil que estaba naciendo, en el país que establecería una democracia de ciudadanos y ciudadanas con derechos efectivos, nunca más nadie se moriría de hambre. Nunca más. Los dueños del poder temblaron cuando lo escucharon. Pero mucho más temblaron cuando comenzó a cumplirlo.

Brasil fue eliminado del Mapa del Hambre de las Naciones Unidas. Pero ese era sólo el comienzo. Los ricos creen que cuando los pobres tienen eso que se llama hambre, todo se resuelve con algunos restos de comida que les llenen las barrigas y les neutralicen el cerebro. Los ricos no entienden el hambre, porque los ricos, casi nunca, entienden la vida. Y, en Brasil, los derechos, como los panes, comenzaron a multiplicarse. El país, por primera vez, se pareció a una nación poblada por seres humanos cuya libertad no dependía de seguir siendo esclavos, de seres humanos cuya dignidad no dependía de seguir siendo

maltratados, ignorados, despreciados.

Mientras Brasil ganaba reconocimiento y respeto internacional, volviéndose Lula uno de los más grandes líderes globales del nuevo siglo, los dueños del poder gestaban, multiplicaban y alimentaban, a cada segundo, su odio de clase. Como si presenciaran una tragedia que estaba destinada a cumplir su inevitable destino de fracaso, veían que eso que nosotros llamamos patria, y ellos creen que es su propiedad, su herencia o sus privilegios, comenzaba a escurrírseles como el agua entre sus dedos rechonchos y sus uñas esmeriladas.

La venganza sería brutal y aleccionadora. La venganza debía dejar en evidencia que esto no podía volver a ocurrir porque a la naturaleza no se le tuerce el rumbo: los pobres nacieron para ser pobres y los dueños del poder para ser los dueños de lo que robaron, expropiaron o colonizaron, haciéndonos creer que lo obtuvieron gracias a su inteligencia, su capacidad, su esfuerzo o su habilidad. Cada uno tiene lo que merece y es dueño de lo que le pertenece. Eso dijeron.

Y los dueños del poder hacen lo que dicen.

Hace algunas horas, Lula fue condenado a nueve años y medio de prisión por un delito que no cometió. Pero eso, al poder, no le importa. Para los dueños del poder la justicia es una coartada para reproducir, multiplicar y amplificar las injusticias, sin que se note. Ellos saben que el secreto de judicializar la política está en poder politizar la justicia, manipulando jueces y cobardes, para que restablezcan el orden, para que pongan a los pobres en su debido sitio.

La condena de Lula y la posibilidad real de inhabilitarlo políticamente por el resto de su vida busca, naturalmente, impedir que Lula vuelva a la presidencia del país, proscribirlo, humillarlo, neutralizarlo. Pero busca mucho más que eso. Su condena, como lo fue el golpe que destituyó a Dilma Rousseff, busca instruir, enseñar. La condena de Lula es una lección destinada a educar a las madres que aún no se subieron con sus hijos a un carro tirado por un burro viejo y sediento. Una pedagogía política del miedo y la sumisión para los que viven del otro lado del muro. Una clase magistral de sabiduría opresora para los que tengan la impertinencia de luchar para destituir a los dueños del poder de sus privilegios e inmunidades. La sentencia ha sido, más bien, una simple, clara y directa amenaza. Los dueños del poder saben que el mejor aprendizaje para desmoralizar y desmovilizar a los que luchan por un mundo más justo, es producir temor y frustración, la implacable sensación de que todo está perdido.

No condenaron a Lula. Condenaron a los Lulas que aún están por nacer.

Los que los dueños del poder no saben y se resisten a aprender, es que los que sobreviven al hambre, sobreviven también a sus ataques y no se dejan derrotar tan fácilmente, ni siquiera cuando les aplican penas “ejemplares” por delitos que no han cometido. Para proscribir, humillar y neutralizar a quien sobrevivió al hambre, fue obrero metalúrgico en la periferia de San Pablo y llegó a la presidencia de una de las diez naciones más poderosas del mundo, hace falta mucho más que una condena. Hace falta que deje de ser un ejemplo, un símbolo de dignidad y de lucha. Lo que los dueños del poder no saben y se resisten a aprender es que hay un Lula bajito y fortachón, pero que se espeja en miles, en millones de Lulas que tampoco se rendirán tan fácilmente. Millones de Lulas que se multiplican y crecen. Millones de Lulas que van a nacer, aunque los dueños del poder sueñen con

extinguirlos y eliminarlos. Millones de Lulas que se fortalecen en un grito de indignación que exige justicia. La tragedia de los dueños del poder es saber que nunca conseguirán acabar con Lula. Porque Lula somos todos. Y lo seguiremos siendo.

Millones de Lulas, cada día más.

Pablo Gentili

Pablo Gentili: *Nació en Buenos Aires y ha pasado los últimos 20 años de su vida ejerciendo la docencia y la investigación social en Río de Janeiro. Ha escrito diversos libros sobre reformas educativas en América Latina. Es el Secretario Ejecutivo de CLACSO.*

La fuente original de este artículo es [Cubadebate](#)
Derechos de autor © [Pablo Gentili](#), [Cubadebate](#), 2017

[Comentario sobre artículos de Globalización en nuestra página de Facebook](#)
[Conviértase en miembro de Globalización](#)

Artículos de: **[Pablo Gentili](#)**

Disclaimer: The contents of this article are of sole responsibility of the author(s). The Centre for Research on Globalization will not be responsible for any inaccurate or incorrect statement in this article. The Center of Research on Globalization grants permission to cross-post original Global Research articles on community internet sites as long as the text & title are not modified. The source and the author's copyright must be displayed. For publication of Global Research articles in print or other forms including commercial internet sites, contact: publications@globalresearch.ca

www.globalresearch.ca contains copyrighted material the use of which has not always been specifically authorized by the copyright owner. We are making such material available to our readers under the provisions of "fair use" in an effort to advance a better understanding of political, economic and social issues. The material on this site is distributed without profit to those who have expressed a prior interest in receiving it for research and educational purposes. If you wish to use copyrighted material for purposes other than "fair use" you must request permission from the copyright owner.

For media inquiries: publications@globalresearch.ca